

■ Circular para los lectores ■ de estas historias

Los papás siempre dicen: “Cuando yo tenía tu edad era el mejor de la clase”. Dicen también que el colegio es la época más divertida de la vida, la más feliz y descomplicada... Dicen y dicen mil maravillas por el estilo.

Claro que los papás llevan muchos años fuera del colegio y son gente de pésima memoria. Ya no se acuerdan del prefecto de disciplina ni de las malas notas. Es más, yo creo que sólo se acuerdan de las vacaciones.

Estas historias del colegio no son así. Sucedieron hace muy poco tiempo, en lugares muy cercanos, y me las contaron alumnos que tienen la memoria nuevecita, porque poco la han gastado en aprenderse los accidentes geográficos o los ríos más largos del mundo.

Si por casualidad encuentran a un compañero con un nombre parecido en su colegio piensen que es una simple coincidencia y no se lo digan a nadie, para evitar problemas. Ya es suficiente con los que tiene que resolver un

alumno durante cinco días a la semana, durante cuatro semanas al mes, durante diez meses al año, durante doce o más años de colegio. Si son buenos para multiplicar, hagan la cuenta del tiempo que eso significa:

(5 días \times 4 semanas \times 10 meses \times 12 años. R=.....)

Pero si les da pereza, envíenle el problema al profesor de matemáticas. Seguro disfrutará resolviéndolo con cálculos mentales o incluyéndolo en su próximo examen escrito.

Y a propósito de los profesores, no crean que siempre se divierten. Se sorprenderían si supieran todo lo que ellos mismos me han confesado. Sé, por ejemplo, de una profesora de música que se moría del susto con los monstruos de Cuarto “C”. Las manos le sudaban, las rodillas le temblaban y se le borraba la voz, hasta que la mamá tuvo que ir a hablar con la directora, porque le iban a traumatizar a su hijita.

También me sé historias muy románticas que han sucedido entre las cuatro paredes del colegio. Todas son reales. Como me las contaron, las cuento.

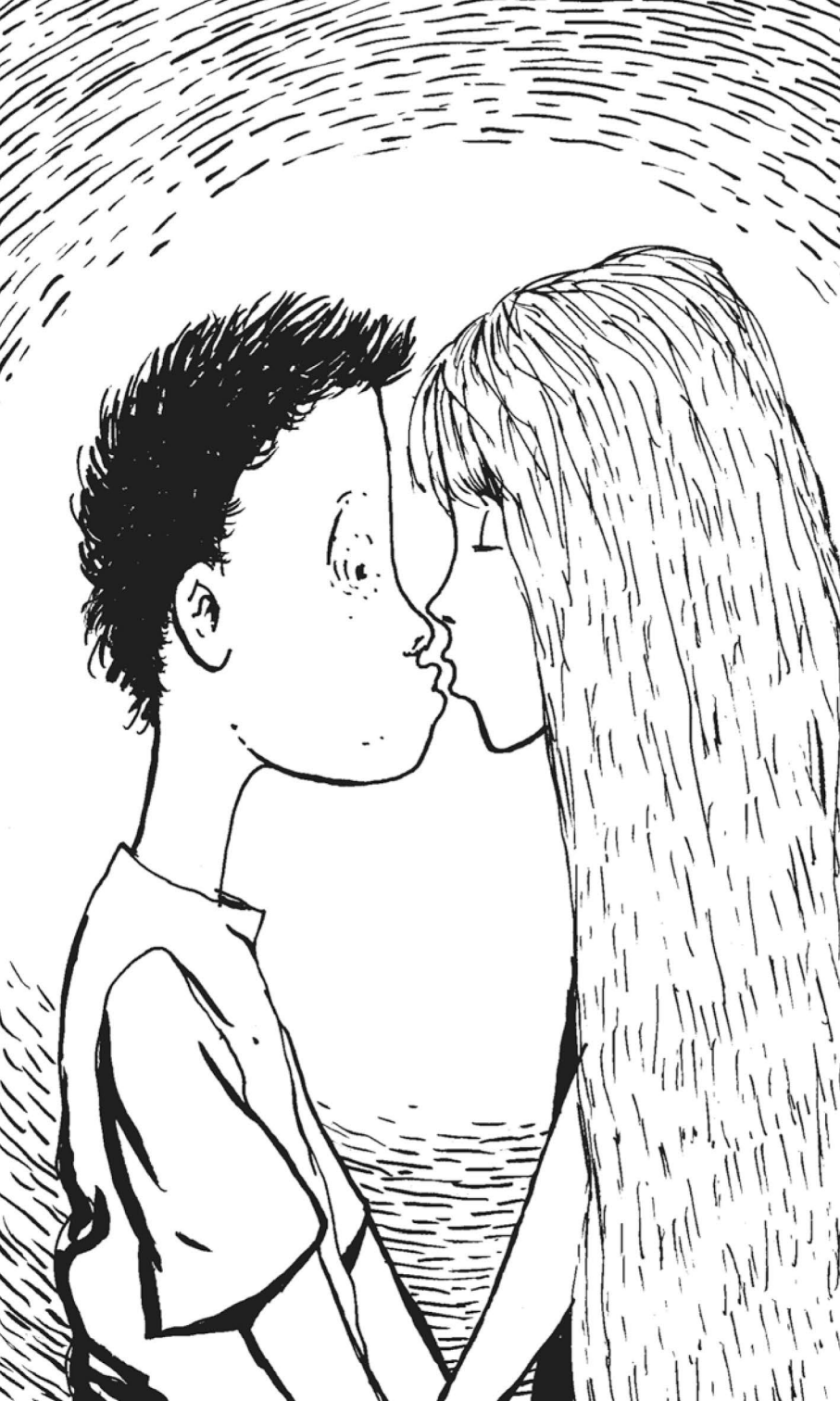
Frida

De regreso al estudio. Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones. El profesor no preparó clase. Parece que el nuevo curso lo toma de sorpresa. Para salir del paso, ordena con una voz aprendida de memoria:

—Saquen el cuaderno y escriban, con lapicero azul y buena letra, una composición sobre las vacaciones. Mínimo una hoja por lado y lado, sin saltar renglón. Ojo con la ortografía y la puntuación. Tienen cuarenta y cinco minutos. ¿Hay preguntas?

Nadie tiene preguntas. Ni respuestas. Sólo una mano que no obedece órdenes porque viene de vacaciones. Y un cuaderno rayado de cien páginas, que hoy se estrena con el viejo tema de todos los años: “¿Qué hice en mis vacaciones?”.

“En mis vacaciones conocí a una sueca. Se llama Frida y vino desde muy lejos a visitar a sus abuelos colombianos. Tiene el pelo más largo, más liso y más blanco que he conocido.



Las cejas y las pestañas también son blancas. Los ojos son de color cielo y, cuando se ríe, se le arruga la nariz. Es un poco más alta que yo, y eso que es un año menor. Es lindísima.

Para venir desde Estocolmo, capital de Suecia, hasta Cartagena, ciudad de Colombia, tuvo que atravesar prácticamente la mitad del mundo. Pasó tres días cambiando de aviones y de horarios. Me contó que en un avión le sirvieron el desayuno a la hora del almuerzo y el almuerzo a la hora de la comida y que luego apagaron las luces del avión para hacer dormir a los pasajeros, porque en el cielo del país por donde volaban era de noche.

Así, de tan lejos, es ella y yo no puedo dejar de pensarla un solo minuto. Cierro los ojos para repasar todos los momentos de estas vacaciones, para volver a pasar la película de Frida por mi cabeza.

Cuando me concentro bien, puedo oír su voz y sus palabras enredando el español. Yo le enseñé a decir camarón con chipichipi, chévere, zapote y otras cosas que no puedo repetir. Ella me enseñó a besar. Fuimos al muelle y me preguntó si había besado a alguien, como en las películas. Yo le dije que sí, para no quedar como un inmaduro, pero no tenía ni idea y las piernas me temblaban y me puse del color de este papel.

Ella tomó la iniciativa. Me besó. No fue tan difícil como yo creía. Además, fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar “qué hago”, como pasa en el cine, con esos besos larguísimos. Pero fue suficiente para no olvidarla nunca. Nunca jamás, así me pasen muchas cosas de ahora en adelante.

Casi no pudimos estar solos Frida y yo. Siempre estaban mis primas por ahí, con sus risitas y sus secretos, molestando a “los novios”. Sólo el último día, para la despedida, nos dejaron en paz. Tuvimos tiempo de comer raspados y de caminar a la orilla del mar, tomados de la mano y sin decir ni una palabra para que la voz no nos temblara.

Un negrito pasó por la playa vendiendo anillos de carey y compramos uno para cada uno. Alcanzamos a hacer un trato: no quitarnos los anillos hasta el día en que volváramos a encontrarnos. Después aparecieron otra vez las primas y ya no se volvieron a ir. Nos tocó decirnos adiós como si apenas fuéramos conocidos, para no ir a llorar ahí, delante de todo el mundo.

Ahora está muy lejos. En “*ESTO ES EL COLMO DE LO LEJOS*”, ¡en Suecia! y yo ni siquiera puedo imaginarla allá porque no conozco ni su cuarto ni su casa ni su horario. Seguro está dormida mientras yo escribo aquí esta composición.

Para mí la vida se divide en dos: antes y después de Frida. No sé cómo pude vivir estos once años de mi vida sin ella. No sé cómo hacer para vivir de ahora en adelante. No existe nadie mejor para mí. Paso revista, una por una, a todas las niñas de mi clase (¿las habrá besado alguien?).

Anoche me dormí llorando y debí llorar en sueños porque la almohada amaneció mojada. Esto de enamorarse es muy duro...”.

Levanto la cabeza del cuaderno y me encuentro con los ojos del profesor clavados en los míos.

—A ver, Santiago. Léanos en voz alta lo que escribió tan concentrado.

Y yo empiezo a leer, con una voz automática, la misma composición de todos los años:

“En mis vacaciones no hice nada especial. No salí a ninguna parte, me quedé en la casa, ordené el cuarto, jugué fútbol, leí muchos libros, monté bicicleta, etcétera, etcétera”.

El profesor me mira con una mirada lejana, incrédula, distraída. ¿Será que él también se enamoró en estas vacaciones?